

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

PREFERENCIAS

UN MOMENTO CON EL BOSCO

PUESTOS: a escoger, de todo lo que contiene el Prado, yo, la verdad, me quedaría con los Boscos. «De gustibus non est disputandum», desde luego. En aquel local se conservan muchos centenares de metros cuadrados de pintura egregia, y el visitante ingenuo o desprevenido va de asombro en asombro. Confieso que he pasado, y bastantes veces, por todos ellos; ante los brochazos alucinantes de Goya, ante el Greco y sus maceraciones, ante las señoras gordas de Rubens, ante un Velázquez siempre inagotable, ante el dulcísimo Murillo, ante el calculado patetismo de Van der Weyden, y Tiziano —no sé por qué, pero Tiziano me hace boatezar—, y Patinir, y Ribera, y Claudio de Lorena, y Rafael, y las puntillas de Van Dyck, y Poussin, y... Bueno: casi todos. Pero mi preferencia, desde el primer día, fue por Hieronimus van Aeken Bosch. En más de una ocasión, con poco tiempo, he entrado al museo sólo por volver a ver las seis o siete piezas del Bosco, y seguiré haciéndolo en la medida en que mis espaciados viajes a Madrid me lo permitan. Porque un Bosco nunca se acaba de ver. Como el «Triunfo de la Muerte» de Brueghel el Viejo, su vecino. Y me refiero, claro está, a las grandes, o complejas, composiciones: «El carro de heno», «El Jardín de las Delicias», «Las tentaciones de san Antonio», «La mesa de los pecados capitales»...

No todo el Bosco es eso, pero sin duda eso es el Bosco «característico». Cuando trabaja con temas digamos «normales» —estampas piadosas, escenas cotidianas—, su pincel no pierde nada de su jocunda ferocidad. Hay, naturalmente, imágenes suyas que tienden a ser afables e incluso emotivas: figuras de Cristo, de alguna santa, de Eva. Pero son la excepción. En Valencia existe una tabla —un tríptico— de su taller, que representa la Coronación de Espinas, y nunca se han pintado unos judíos tan «judíos» —en el mal sentido de la palabra— como los que allí puso Jerónimo Bosch: Goebbels podría haberlos utilizado en un «póster» antisemita de su buena época. La caricatura es maligna y torva: traduce muchos siglos de ira, y es, en el fondo, pura Edad Media. El Bosco entero es un fenómeno medieval. El pintor nació hacia 1450 y murió en 1516, pero está en los antipodas de Leonard de Vinci, que nace y muere en fechas muy próximas. «El carro de heno», «El Jardín de las

Delicias» y «La mesa de los pecados capitales», contemplados con un mínimo de razonable impavidez erudita, todavía parecen más medievales. No por las «formas», por cierto: Bosch aprendió unos hábitos de «visualización», unos principios «plásticos», que ya pertenecen al Renacimiento, en la medida en que desde Holanda podía entenderse el Renacimiento, fenómeno italiano lento por ciento: Pero en el «fondo», su mundo era el de la Edad Media.

Es un mundo abigarrado y pululante, lleno de brujas, de abades, de mendigos astutos, de demonios, de charlatanes, de ángeles, de papas, de gente rústica, de almas, de unicornios, de terróides, de monstruos... La mitología de que se vale procede de una tradición densa, terrible y popular, en la que se combinan las «danzas de la muerte», el sarcasmo plebeyo, las profecías de cualquier fraile excitado, los ayunos, la teología de las postimerías simplificada desde el púlpito, y Dios sabe cuántas cosas más. Para los italianos de entonces, e incluso para algún francés, Venus volvía a ser una noción asquible, y Apolo, y la Madona renovaba su significación. El Bosco debió de ser impermeable a estas sugerencias. Los críticos lo han calificado de «visionario». La palabra vale. Bosch pintaba unas «visiones» que no tenían nada que ver con los ojos: productos de un tipo de fiebre, quizá no real, quizá no física, pero indudablemente «fiebre». O lo parece. No ha de sorprendernos que algunos críticos hayan querido adivinar en el Bosco un antecedente del surrealismo. El surrealismo es un episodio ambiguo, y quienes han escrito sobre él han tenido la curiosa habilidad de confundirlo más. Por no salir de casa, ¿es —o fue— Dalí surrealista, lo fue —o es— Joan Miró? Miró y don Salvador suelen figurar en las nóminas del «grupo», juntos, y áteme usted esa mosca por el rabo. Relacionar a Jerónimo Bosch con Dalí, o con Magritte, y hasta con Max Ernst, es un ejercicio fácil...

Lo cual, en última instancia, no dice nada a favor de los surrealistas de cromos, de collage o de mandanga. O según como se mire, ¡ay! Porque el Bosco fue el pintor de Felipe II. La abundancia de Boscos al sur de los Pirineos hemos de agradecerla a la «afición» que por Van Aeken sintieron, en el XVI, unos cuantos oligarcas indígenas y el mismísimo Rey Prudente. Cuando

me sitúo ante un Bosco pienso en Felipe II. Don Felipe padece una oprobiosa mala prensa, en gran parte promovida por quienes desean «defenderle». Los presuntos debeladores de la «leyenda negra» sólo han conseguido hacer de Felipe II un fantoche siniestro, malhumorado y con alguna enfermedad del hígado. Quizá no era para tanto. Se ha de reconocer que el Prudente contribuyó lo suyo a que la posteridad le mire con desconfianza. Su nombre nos remite al Escorial, al cierre de fronteras —el «telón de incienso»—, a los autos de fe. Pero don Felipe, como cualquier hijo de familia, tuvo que ser un tipo más o menos corriente, no más neurótico que los demás, ni más avieso. El ejercicio del poder pudo llevarle, y le llevó, a extremos que aún hoy lamentamos. Era su oficio, y dejemos de lado la tentación de valorarlo. De todos modos, quizá no habríamos de medirle «sólo» por este rasero. En su dormitorio, Felipe II colgaba lienzos de maestros italianos que explicitaban, y con morosidad —con «delectación morbosa»—, la anatomía de señoritas calipigias. Es un dato. La afición al Bosco es otro.

Pensemos en «El Jardín de las Delicias». Este tríptico fue propiedad de un bastardo del duque de Alba —el prior don Fernando, de la Orden de San Juan—, y lo compró el rey en la almoneda que entonces solía hacerse a la defunción de un gran propietario con los bienes que dejaba. Fue en 1592. El «Jardín» es uno de los espectáculos más espléndidos que haya podido montar el ingenio humano. En su parte central, una multitud de hombres y mujeres desnudos —pequeños, levemente larguiruchos, dando la impresión de pescadillas— se agrupan en bloques y posiciones no siempre púdicos. El conjunto queda amenizado con la interferencia de animales fabulosos y de arquitecturas increíbles, de una gracia imposible de reducir a palabra. Se ha de ver. El panorama es vibrátil y preciso. En una de las alas, el tríptico presenta la creación de Eva: un paraíso terrenal excelso, Dios, nuestros Primeros Padres, y al fondo, unas montañas azules que aún no han descubierto los profesionales de la ciencia-ficción. En la otra parte, el Bosco nos brinda su idea del infierno: demonios prodigiosamente zoomorfos, un huevo vacío y enorme, con alguien dentro, y una oreja monumental, y cantidad de instrumentos musica-

les esparcidos, y Lucifer comiéndose a un individuo —de cuyo trasero sale una bandada de pájaros negros— a la vez que defeca otras almas previamente digeridas... Insisto: se ha de ver. Nunca será posible reducir a «literatura» una realización plástica: el escritor dispone de vocablos y el pintor de líneas, colores, volúmenes y todo eso, y no hay manera lícita de establecer equivalencias. En el caso del Bosco, ni siquiera sería asequible la aproximación. Cada centímetro de superficie pintada exigiría cien palabras, una página.

A Felipe II le gustaba el Bosco. Un gusto extraño. Porque, digan lo que digan los especialistas, uno no acaba de estar seguro de que el Bosco iba de buena fe. Hay allí mucha fantasía, mucho choteo, mucha alevosía: demasiada. Da la impresión de ser la Edad Media vista con ánimo irónico. Si lo era o no, nunca lo sabremos. Pero los buenos monjes del Escorial no las tenían todas consigo. Los aristócratas españoles que compraban obras de Jerónimo Bosch las excusaban con el término de «disparates». Un allí como otro cualquiera. Pero cuando el rey iba de por medio... «Sus pinturas no son disparates, sino unos libros de gran prudencia y artificio; y si disparates son, son los nuestros, no los suyos», escribía fray Sigüenza, en su «Historia de la Orden de San Jerónimo». «Sátira pintada de los pecados y desvarios de los hombres», añade. Con esto, don Felipe quedaba a salvo... Cada vez que, en el Prado, miro los Boscos, me pregunto qué pudo haber exactamente en el origen de estas pinturas singulares. ¿Sátira, como dice Sigüenza? Sin duda. Pero ¿sólo sátiras? ¿Y de los «desvarios» ajenos?... ¿No será que Bosch pintaba sus propios «desvarios», con apariencia de sátira? ¿Y no serían unos «desvarios» voluntarios, maquinados, intelectuales?... Felipe compró estos cuadros. No sé dónde los colgó. Posiblemente los tenía a la vista: Como las Venus —del Tiziano, seguro— de sus habitaciones... Los beatos protestantes le llamaron «el Demonio del Mediodía». Nunca se sabe...

Joan FUSTER

«EXPOSITO»

UN PERRO A FORTUNADO

BUSCANDO la libertad, arribé a un punto perdido en la costa de Calabria y allí descubrí la esclavitud. Esa fue la sensación que me produjo un perro vagabundo de la raza más pura de bastardos que haya visto jamás: pelo de perro de caza, tamaño de sabueso, orejas de cocker, tronco de ratonero y patas de galgo. Su ladrido era igualmente compuesto: empezaba con un gañido y terminaba ululando como los lobos.

Cuando me asomé a la ventana para conocer el origen de aquella zarabanda polifónica creía que era un concierto de toda una orquesta per-runna. Sin embargo, se trataba de uno solo, de uno que protestaba contra la cuerda con que lo habían atado a un palo. Le grité para que se callara. Me miró sorprendido y obedeció. Más tarde, empezó de nuevo. Entonces bajé y pregunté a un pescador por el propietario de aquel producto del amor libre y sobre el motivo para tenerle atado. Me contestó que no tenía dueño y que había sido condenado por el único guardia de todo el pueblo por no tener certificado de vacunación antirrábica. En ese momento llegó el guardia y lo confirmó. El perro había dejado de ladrar y seguía nuestra conversación con una atención esasmódica que le hacía temblar todo el cuerpo. Cuando comprendí que el guardia había accedido a mi petición de gracia y que me acercaba a él para soltarlo, se alzó sobre las patas traseras agitando sus manos, en espera de abrazarme con ellas. Una vez libre, se lanzó en una loca carrera hacia el muelle y desapareció.

A la media hora estaba delante de mi puerta con un hueso en la boca. Le hice un gesto para que entrara, golpeando la palma de mi mano sobre la portoncilla. Dejó el hueso en la entrada y retrocedió un par de metros. Me acerqué para cogerlo creyendo que se trataba de un

regalo pero me di cuenta de que no era esa su intención. Quería que se lo tirase para correr a por él y devolvermelo. Lo hice tres o cuatro veces hasta que me cansé y le cerré la puerta en los morros.

No volví a verlo en todo el resto del día. Pero de noche, sintiendo caer la lluvia, me volví a acordar de él. Me puse un impermeable encima del pijama y bajé a la placita. Lo encontré acurrucado bajo el techo de una casucha semiderruida, lo cogí del cogote, lo arreté hasta casa y le dejé en la galería con una menta para que se tumbase.

Al alba me despertó con su acostumbrada polifonía y cuando abrí la puerta de la galería vi que la había puesto hecha una auténtica pocilga. Le froté el morro en sus porquerías y empecé a pegarle. Pero su expresión de sorpresa dolorida me frenó. Me dirigí a la cocina y le preparé una sopa de pan. Ni siquiera la miró. ¿Quería darme una lección de dignidad? Decidí ponerle a prueba y, con la secreta esperanza de que rechazase, le ofrecí un trozo de queso que saqué de la nevera. Se lanzó encima y me lo arrancó de los dedos. Por la tarde, cuando volvía de una excursión en barca, lo encontré nuevamente atado y polemizando ruidosamente con la cuerda. Lo solté y lo metí en la galería. Al día siguiente todo estaba de nuevo hecho una porquería. Pero no apliqué sanción alguna. Con el fin de librarme de una vez para siempre de aquel huésped incómodo, lo llevé al veterinario. Allí se le vacunó y se me entregó el certificado. Se lo presenté al guardia. «Vete con Dios», le dije mientras le enseñaba como tiraba la cuerda al mar. Él se lanzó y me la devolvió.

Pasé toda la mañana con mis amigos, me quedé con ellos a comer y volví a casa a altas

horas de la noche, recordándole con cierta inquietud. Estaba allí, tumbado delante de la puerta. No demostró alegría alguna y el tiempo lo hizo. Sin embargo, me siguió docilmente y se fue directamente hasta la galería, en donde, por la mañana, se abandonó a sus habituales ejercicios intestinales y vocales. Cuando le abrí, no salió. Me esperó, me siguió y se montó conmigo en la barca. Se mareó y le llené de vómitos. Y eso es lo que hace religiosamente todos los días, porque no ha dejado de acompañarme.

Hace algunos días intenté convencer al barquero para que se quedase con él. Me dijo que no podía porque ya tenía uno y era muy celoso. Intenté colocarlo a mi criada. Ma contestó que su gato no habría aceptado la convivencia, pero que, de cualquier forma, hablaría con su hermano. Más tarde llegó el buen hombre y aceptó; pero yo había suplicado de tal forma para convencerle que temí que lo aceptara por obligación y luego lo maltratase. Hablé con el cartero y con el farmacéutico: pero ninguno de ellos me ofrecía las suficientes garantías. Ahora, la gente del pueblo dice que aquellas ofertas estaban hechas con mala fe, pues en realidad yo quería quedarme con el perro. Y dicen que la prueba fehaciente de ello la constituye el hecho de que le haya puesto un nombre. Lo he bautizado con el nombre de «Exposito». Pero no es un nombre. Es una constatación anagnáfica.

Ha conseguido cambiar mi vida, la ha empedrado notablemente. He renunciado a los paseos en barca a causa de sus mareos. He renunciado a mis amigos a causa de su aspecto deplorable. Me limito a ir, con la comida al hombro, incluido su queso, hasta una roca apartada y de difícil acceso, que únicamente frecuenta una pareja aparentemente mal avenida. A juzgar por

la edad, han debido de casarse hace poco, pero es como si fueran esposos desde siempre. Ella odia el sol y se protege bajo una sombrilla de la que nunca sale para dirigirse al agua. En cambio él está siempre dentro, equipado con gafas de bucear, aletas y fusti; cuando sale a la orilla, no pronuncia una sola palabra y deja que ella se entregue apasionadamente a los crucigramas. Sé perfectamente que le gustaría preguntarme quién era el hijo de Anquiés o algo así, pero no tiene valor para iniciar la conversación. «Exposito» le ha dado la ocasión esta mañana. Después de hurgar durante largo rato en su bolsa, ha levantado la pata y se la ha empapado. Ante mi indignada reacción, ella lo abraza protectora contra su cuerpo: «No le haga daño», suplica—, no se lo merece». «¿Que no se lo mate?», pregunto gritando, casi ladrando. «Lo odio. ¿Sabe? Odio a este maldito animal. Me ha envenenado las vacaciones, me está poniendo el borde de la neurastenia. Dentro de poco tendré que marcharme y ¿qué hará entonces? No puedo llevarme a un aborto como éste. Mírela... ¿Y a quién se lo dejo? Supliqué al veterinario que lo inyectara, pero no quiso. Ayer me pasó toda la tarde paseando a lo largo de las vías del tren, pero él se negó a caminar entre los carriles... Naturalmente, no había hecho nada de todo aquello, pero desde hacía muchos días acariciaba la idea de hacerlo: era mi único consuelo. ¿Usted no se lo creará. Pero desde que me ha dado cuenta de que sueño constantemente con su muerte, le quiero mucho más...». «Lo creo, lo creo», dijo ella. Y luego, juntando su cara con el morro de «Exposito» susurró: «¿Qué perro tan afortunado!»

Indro MONTANELLI

EMPRESARIO:

Actualice la Contabilidad de su Empresa.



Dimacal
TÉCNICAS CONTABLES
INFANTA CARLOTA, 37-39
TEL. 321 60 44 - BARCELONA (15)

ALFOMBRAS
GRAN LIQUIDACION a partir del día 15 Septiembre
DIRECTAMENTE AL PÚBLICO A BAJOS PRECIOS
¡NO DÉCIDA NADA!
¡BENEFICIESE ESPERANDO!
EL 15 SEPTBRE, COMIENZA LIQUIDACION
ALFOMBRAS ALI-BEY
ALFOMBRAS - MANTOS - COLCHAS - JUEGOS CAMA
calle TRAFALGAR, 14

CURSO C.O.U.
Bachillerato Educación General Básica
colegio **ACADEMIA FEBRER**
GUILLERMO TELL, 49 (junto plaza Molina) TELEFONO: 217 04 13
INFORMES E INSCRIPCIONES EN SECRETARIA



SEGURO AUTOMOVIL A PLAZOS
en 12 meses — sin entrada — sin recargo — sin franquicia
GALLÉS. Tel. 222-22-20. Un teléfono «que suena»